

SENDER EN EL TELEGRAMA DEL RIF

Ricardo CRESPO

Ramón J. Sender nos dice en sus conversaciones con Marcelino Peñuelas que en el último año de la primera guerra mundial *El Imparcial*, *La Tribuna*, *España Nueva* publicaban sus artículos, poemas y cuentos, y se los pagaban. Y añade el escritor:

"Lo curioso es que yo debía tener algún sentido crítico y no muy elevada idea del valor de mi producción porque firmaba con un seudónimo que no quiero decir por si algún curioso profesor quiere indagarlo y añadir a la lista de mi modesta obra aquellos pobres trabajos".

Y, tras desvelar dos de estos trabajos, le ruega a Peñuelas que "no digas nada de estas cosas porque lo van a buscar los críticos y son idioteces. Lugares comunes. Todo falso" (PEÑUELAS, 1982: 77-78). Que podamos utilizar esta cita demuestra que Marcelino Peñuelas no le hizo caso.

De hecho, Patrick Collard, el principal estudioso de la obra periodística de Sender, "extrañado mucho de la ausencia —que se puede considerar completa— de referencias concretas a las actividades de Sender como periodista en los años 1925-36" (COLLARD, 1980: 8), investiga por primera vez, basándose en los textos periodísticos de la mencionada década, las ideas de Sender sobre la relación entre literatura y sociedad y, ocasionalmente, retrocede algo en la obra primeriza del autor aragonés indagando por hemerotecas para hallar los dos textos que Sender confiesa haber publicado en su juventud: un poema a la muerte de Rosa Luxemburgo y el cuento titulado "Las brujas del compromiso". Collard los encuentra publicados donde Sender dice: en *El País* y en *La Tribuna*, respec-

tivamente, con los seudónimos de José G. Ubieta y Lucas La Salle y con fecha de 1919.

Y continúa Sender: "Después (de Madrid), en Huesca, hice un periódico... Se titulaba el periódico *La Tierra*". Y, en un juego semántico no carente de humor, explica Sender que "de *La Tierra* pasé a *El Sol*, que es un salto considerable antes de los viajes espaciales" (PEÑUELAS, 1982: 77). En el diario *El Sol*, efectivamente, trabajó y publicó entre 1925-30. Ésta es parte de la época que estudia Patrick Collard.

No obstante, todo lo que cuenta Sender al profesor Marcelino Peñuelas aparece antes en el libro *Los términos del presagio*, de *Crónica del alba*. Todo. El mismo Collard, para encontrar este primer poema senderiano a Rosa Luxemburgo y el cuento –estas "idioteces", según Sender– ha partido no sólo del libro de Peñuelas sino también de la lectura de la novela, llevado de la "curiosidad de comprobar sus afirmaciones" (COLLARD, 1980: 38). Recientemente, Roger Duvivier ha rescatado las colaboraciones periodísticas de Sender en *La Tierra*¹, con lo que –junto a lo publicado por J. Esteban y G. Santonja y por José Carlos Mainer (en particular, J. ESTEBAN y G. SANTONJA, 1977, y MAINER, 1983)– buena parte de los primeros textos periodísticos del escritor aragonés se han sacado a la luz. Otros siguen escondidos bajo los diferentes seudónimos.

Pero Ramón J. Sender no pasó directamente de la Tierra al Sol sino que lo hizo a través de la Luna o, mejor, del Purgatorio o del Infierno, diríamos. Como se sabe, en 1923 Sender es alistado al servicio militar y destinado a Marruecos, donde, con diversas graduaciones, participa en las campañas militares contra la sublevación de Abd-el-Krim. Si Patrick Collard o algún curioso profesor hubiera leído con más fe o menos escrúpulos *Los términos del presagio* hubiera encontrado en las palabras de Pepe Garcés –el protagonista de *Crónica del alba*, muchas veces reconocido *alter ego* de Sender– otras pistas para ir sacando a la luz pública otros trabajos periodísticos del primer Sender. Porque lo cierto es que Pepe Garcés en la mencionada novela dice que

"Encontré allí [en Marruecos] –en el mismo regimiento– al Ramón I, escritor y farmacéutico, que era suboficial e iba a licenciarse de alférez². Fuimos muy amigos y descubrí en Ramón I nuevas y grandes afinidades.

¹ Me refiero al libro reseñado en el n.º 496 de *Insula* (marzo, 1988), p. 11, titulado *Homenaje a Ramón J. Sender*, Mary S. Vasquez (ed.). Newark, Delaward. Juan de la Cuesta (Hispanic Monographs), 1987.

² Datos que se corresponden cabalmente con Ramón J. Sender, entendiendo farmacéutico por mancebo de farmacia.

Publicaba en *El Telegrama del Rif* cosas entre filosóficas y poéticas" (SENDER, 1987: 125).

Que yo sepa ningún crítico fue a Melilla para comprobarlo, pero la afirmación de Pepe Garcés es cierta: Sender (Ramón I) publica entre abril de 1923 y enero de 1924 nueve trabajos en las páginas del diario *El Telegrama del Rif*³. Trabajos firmados por Ramón J. Sender, colaboraciones en el periódico melillense que Sender olvida mencionar en sus conversaciones con Marcelino Peñuelas, "cosas entre filosóficas y poéticas" que la crítica ha debido desatender quizá por estar hoy recogidas en ese extravagante limbo ideológico (ni tierra ni sol, más bien luna) de la ciudad norteafricana.

Sin embargo, en los tiempos del Sender militar la cosa era mucho más seria. *El Telegrama del Rif* fue fundado por Cándido Lobera, militar y escritor de probados méritos, creador de la Academia de preparación militar *Santa Bárbara*, quien apareció en Melilla en 1893 poniéndose al frente de los asuntos marroquíes. Antes del reparto de África por las potencias europeas entre 1904-12, *El Telegrama del Rif*, fundado en marzo de 1902, vio claramente el futuro y sobrevivió en solitario a otros intentos periodísticos de la ciudad. En un editorial de 1927 titulado "Primeros pasos" se nos da la razón de esta fundación y de su éxito:

"En 1902 la rebeldía de *El Roqui* en lucha con el Sultán y los decididos propósitos de nuestros amigos los franceses de intervenir en el Imperio Xerifiano, y, de otra parte, el desarrollo de Melilla, le impulsaron [a Lobera] a fundar este diario".

El programa fundacional se cumplió ampliamente, como se confiesa al recapitular los 25 primeros años de *El Telegrama del Rif* (periódico muerto octogenario durante la vigente democracia con el nombre de *El Telegrama de Melilla*).

"Provocamos –se lee en este escrito de 1927 referido a *El Telegrama*– movimientos de opinión... movilizamos a la opinión pública para la ocupación de Restinga y Cabo de Aguas y evitar así maniobras como la pérdida de la factoría de la Mar Chica... se luchó contra el imperialismo del partido colonial francés... seguimos paso a paso los avances del valeroso ejército español... las diversas etapas de la acción política y de la ac-

³ Para todas las referencias a los artículos, véase el apéndice.

ción armada... y las normas y procedimientos puestos en práctica por las naciones colonizadoras".

O en palabras del conde de Jordana, que lo ve desde fuera: "Cuenta *El Telegrama* con la mejor historia de nuestra actuación marroquí y con un cuerpo insuperable en materia colonial". En 1921, este periódico tiraba 18.000 ejemplares y las noticias vivas de la guerra se reflejaban en sus páginas y saltaban a todas las estafetas. Por estas fechas y en estas mismas páginas publica Ramón J. Sender sus "cosas entre filosóficas y poéticas", al lado de las ardientes y patrióticas crónicas de guerra de un Cándido Lobera, un Paravicino, un Emilio López. ¿Incontenible vocación literaria? ¿Humano deseo de destacarse del rebaño de corderos listos para el degüello?

En cualquier caso, por referencias bibliográficas sabemos que el Sender que a los 21 años desembarca en África no es un joven de líricos ensimismamientos, sino el admirador del anarquista Ángel Checa, envuelto en frecuentes conflictos con la policía por sus actividades revolucionarias y que tuvo pronto esta visión de la guerra de Marruecos:

"Estábamos él y yo –dice Pepe Garcés, refiriéndose a sí mismo y a Ramón I– escandalizados por la inmoralidad de la administración del cuartel. Los seis mil hombres que lo habitaban se morían literalmente de hambre. Era una vergüenza" (SENDER, 1987: 125).

En *Imán* –novela escrita tras su experiencia en Marruecos– se encuentra un material mucho más crítico, como se sabe. Cabe, entonces, preguntarse si nada de este sentimiento se refleja en las colaboraciones de Sender en *El Telegrama del Rif* o qué es este género mixto que Sender llama "cosas". ¿Son también idioteces, lugares comunes, todo falso?

La alegría de heroicos sargentos por el ingenioso artilugio inventado para hacerse servir el café, una visita de descanso a las Islas Chafarinas, los perros y ratas que merodean entre la tropa, la nostalgia del terruño de los soldados alrededor del gramófono, el recuerdo para los héroes anónimos que murieron en Tisingar, escenas o cuadros, anécdotas chistosas, fragmentos mínimos descriptivos de corte impresionista... componen los temas de los siete primeros trabajos publicados en 1923 a una columna con el encabezamiento de ARABESCOS, la firma de Ramón J. Sender y, en ocasiones, la indicación del lugar desde donde fueron escritos o enviados al periódico: Tisingar, Zoco el Had, Kandussi, etc. De la reflexión comparativa entre la universidad y el cuartel y de la des-

cripción del campamento al amanecer tratan los dos últimos, publicados en enero de 1924 a dos columnas y con el encabezamiento de EL CARNET DE UN SOLDADO.

Y aquí se interrumpe la colaboración del soldado/escritor al licenciarse poco después, por lo que esta vez considero fabulación literaria la afirmación de Pepe Garcés, en la novela varias veces citada, de que "Ramón I [Sender] dejó el regimiento antes que yo, pero se quedó en Melilla como redactor de un diario, con su morita depilada" (SENDER, 1987: 134). A menos que se ocultara en un nuevo seudónimo, Sender no lo hizo en *El Telegrama del Rif*.

La estructura fragmentada en escenas, las descripciones rematadas con un diálogo que refleja el estado de ánimo de los soldados, es técnica que aquí se anticipa a *Imán* y, aunque la exposición no es tan desnudamente realista, sí me parece que contiene también una dualidad de significados que nos trasladan de la anécdota a niveles más hondos de significado, al igual que observa Marcelino Peñuelas para la novela (PEÑUELAS, 1971: 166). Sin duda, el mundo militar recreado en el periódico melillense es más ligero, intrascendente y jocoso. *Light* se pudiera decir hoy. Comparándose, por ejemplo, la descripción de la marcha al comienzo de *Imán* con el fragmento de *El Telegrama* titulado "La psicología de las marchas" se ve claro: lo que en la novela es cansancio embrutecido en los rostros de los soldados, trabajo forzado de reos opuesto al trabajo inteligente y productivo de pacíficos obreros y campesinos, en el arabesco del diario es más que nada fatiga psíquica por la engañosa apreciación de las distancias: "Ponga usted toda su buena voluntad en andar mucho y deprisa, para que luego una perspectiva de esas se empeñe en abrumarnos", le dan ganas de exclamar al escritor. ¡Una reflexión sobre el comportamiento de la psiquis del soldado en las marchas militares! ¡Una protesta contra la perspectiva engañosa! Eso es todo.

Ahora bien, en este mismo escrito periodístico que comentamos se apunta un tema de mayor trascendencia o relevancia que se repite en otros trabajos. Dice Sender:

"Se ha escrito «La alegría de andar». Por lo menos bajo este título ha publicado Zamacois sus más bellas páginas de viaje. Lo que no se ha escrito es una «psicología de las marchas», de esas marchas militares...".

Sender contrasta aquí la escritura con la realidad, la alegría del andar con la fatiga verdadera de la marcha militar. Tímido desengaño, es verdad.

El enfrentamiento idealidad/realidad es la esencia del artículo titulado "De la universidad al cuartel": como Besteiro, que cree en las ideas apriorísticas kantianas –viene a decir Sender, refiriéndose con toda probabilidad al libro de Julián Besteiro *Los juicios sintéticos "a priori" desde el punto de vista de la lógica*, publicado en 1912 y reeditado en 1922 y 1927⁴–, los jóvenes universitarios están llenos de prejuicios, creen en una vida falsa de cuento de hadas que desaparece en la vida militar. Sender habla *a posteriori*, desde la experiencia contrastada.

Semejante tensión dialéctica aparece en el artículo titulado "La ingenua alegría de la República", por más que ahora tengamos que recurrir a un contexto literario para ilustrarlo, recurso legitimado, en palabras de Carlos Reis, por el análisis estructural, que

"no debe concebirse como lectura de un texto cerrado en sí mismo, sino más bien como posibilidad de unirlo, de modo complementario, a series culturales más amplias (incluyendo, ante todo, otros textos del mismo autor)..." (REIS, 1985: 208).

En "La ingenua alegría de la República" Sender nos habla elogiosamente de "esos sargentos, héroes de la reconquista que tienen a su favor bellos episodios relatados en esos recortes de periódico..., profesionales de la guerrilla, que causarían admiración y asombro en las peñas de los cafés madrileños". Y yo diría que no solamente en las peñas de los cafés madrileños. Pues, en la nota introductoria a la primera edición de *Imán* en 1930, nos dice que la veracidad de su protagonista Viance

"se puede «comprobar» en la mayor parte de obreros y campesinos que fueron allá sin ideas propias, obedeciendo un impulso lejano y admirando a los héroes que salen retratados en los periódicos" (SENDER, 1930: 7)⁵.

Es decir, en los periódicos no está la guerra, los héroes retratados en los periódicos crean una imagen falsa de la guerra, ejercen una seducción perniciosa en el pueblo, como pueden testificar tantos Viances que fueron allá –cerca de 200.000 asegura Sender–. Entiéndase que el alegato no es contra los sargentos, profesionales que cumplen con su deber, sino contra los prejuicios, las ideas *a*

⁴ Sender asistió a las clases de Besteiro en la universidad, según dice en sus conversaciones con Peñuelas, pp. 79-80, y, además de en *El Telegrama*, bromea con las ideas *a priori*, que aquél enseñaba en las clases, en *Crónica del alba* en un pasaje delicioso por su comicidad. Véase la edición citada de la novela en su p. 55.

⁵ Los subrayados son míos.

priori que sus hazañas crean en la mente de los desorientados lectores. *Imán* pretende, por contra, mostrar la realidad. Que Sender haya elogiado la *idealidad* en *El Telegrama* y aplazado para algunos años más tarde el término *realidad* no nos debe hacer tanto pensar en una actitud hipócrita como en que el silencio es también un procedimiento literario. Pero los procedimientos para lo que aparece ya como tibias críticas a la situación en Marruecos son más variados.

De los nueve artículos en *El Telegrama del Rif*, Sender se dedica en tres de ellos a hablarnos de perros y ratas: a un nivel literal tamaño porcentaje abruma por una convivencia que pone en entredicho la felicidad de la vida militar, por una promiscuidad no muy saludable. Pero es que una lectura simbólica también es posible y en el arabesco titulado "Canis vulgaris" el perro Sultán se comporta como –si se me permite el símil– un *militaris vulgaris*, "no entiende de política pacificadora. Odia a los moros, a todos los moros, despiadadamente. Lo llevará –concluye Sender– en su pobre instinto de ser inferior". Este Sultán recorre, jaque y retador, los flancos de la columna del ejército y

"en su porte desdeñoso, en la gallardía de su testa erguida, nos dice [*a los soldados*]: Sois mi escolta. Y cuando pasa un moro y Sultán lo arremete buscando codicioso sus pantorrillas sin defensa, mira de reojo a los soldados preguntándoles en una ojeada sagaz: ¿Seréis capaces de defenderme si este tío me toma en serio?".

Se me antoja –y espero no forzar demasiado la lectura para llevarme el gato y el perro al agua de la interpretación– que el comportamiento gestual humano, la actividad militar que desempeña el perro no parece muy canina sino de oficial que en los momentos de peligro ha de recurrir a la ayuda de la tropa que antes revisaba tan altivamente o de oficial, que lo había, que entendía la política pacificadora como un *morder* indiscriminado a todo moro viiente solicitando después el mismo tipo de ayuda. Finalmente, en el artículo "Las ratas" se puede leer:

"A los depósitos de víveres, el cabo suele llevar un gato o dos, pero son sobornados por las ratas que, a cambio de los mejores quesos, les abren las cajas donde se adivinaban los chorizos mejores".

O esto: "Entre los roedores hay también jerarquías...". Y termina comparando el aspecto de los roedores de más alto rango con el del coche Ford. ¿Con los que montan en coche Ford?

Un último procedimiento: la ironía. Pese a la abundante teoría producida en los últimos años sobre este elemento retórico, no siempre es fácil naturalizarlo en la lectura, sobre todo cuando, como afirma Jonathan Culler, "el irónico auténtico no desea ser entendido" y cuando para que exista ironía "es necesario que el texto sea interpretado de modo literal por algún grupo de lectores" (CULLER, 1975: 219-220). En el artículo ya mencionado, titulado "De la universidad al cuartel", escrito –confiesa Sender– "próximo a licenciarnos", se comparan las dos instituciones, y sale ganando el cuartel porque enseña un alto valor: el sacrificio. La ciudadanía militar y militarizada de Melilla podía leer este juicio *literalmente* en 1924 y, por ello, escribirlo Sender irónicamente. Porque, ¿qué entiende Sender por sacrificio? Dice, hablando de los jóvenes que pasan de la universidad al cuartel:

"Pero sobre esa simpática flor de rebeldía, flor eterna de juventud siempre ególatra –gentilmente ególatra– que nació sin raíces y que muere en la Zona de Reclutamiento, va surgiendo poco a poco una voluntad férrea, aleccionada por el renunciamiento, por el sacrificio. La personalidad destacada, fielmente delineada en la vida civil, desaparece bajo el uniforme: es la primera lección de la vida".

Parece un lugar común pero es más bien falso, pues en una antítesis los términos a ambos lados no pueden estar marcados por el mismo signo, unos u otros son positivos y no pensamos que Sender creyera que la uniformidad, la renuncia a la variedad y a la personalidad propia ("el sacrificio") pudiera ser un valor positivo. Desde luego, en esta lectura estamos introduciendo –siguiendo aún a Culler–, como recursos hermenéuticos, modelos que están basados en nuestras expectativas sobre el texto y sobre el mundo (CULLER, 1975: 224). Es decir, tenemos una idea de Sender: anarquista, antibelicista, individualista, rebelde, etc., que miramos con simpatía. Y, así, si en otro lugar del mismo texto afirma Sender que "armas son los libros" y que "Ramón y Cajal es tan útil a la nación como cualquier general en jefe de un ejército en armas", nos quedamos con los libros y con Ramón y Cajal, es decir, con la universidad en contra del cuartel. Prejuicios del lector ante la ironía.

Dos observaciones más: la mofa que hace de Azorín, no de su devoción, como se comprueba en su posterior libro de crítica *Los noventayocho*, y la fábula que el pescador de las Islas Chafarinas, Paolo, le cuenta al soldado/escritor. Esta historia, que cuenta la carrera entre un sargo y un delfín, vuelve a usarla Sender en *Gloria y vejamen de Nancy* cincuenta años más tarde, relacionándola con mitos muy parecidos en cultura muy distantes entre sí, con lo que nos pode-

mos plantear la interrogante de si el soldado Sender la oyó realmente de un tal Paolo en las Chafarinas o le llegó por conducto literario, con las implicaciones correspondientes. El lector de los textos mismos que se ofrecen en el apéndice podrá añadir más observaciones.

Por mi parte, he pretendido recuperar unos textos periodísticos de un Sender muy joven, no sólo en el sentido mínimo que Walter Mignolo da al término texto, es decir, como aquel que se conserva en una cultura aunque no sea literario, ni tampoco recuperarlos sólo por el rol social que tiene Sender para el receptor actual (MIGNOLO, 1978: 63, especialmente), sino como textos que ayuden –como demanda Patrick Collard– a la constitución de un retrato literario coherente y completo de Ramón J. Sender. No sé si lo habré logrado. En todo caso, mi fracaso mostraría más claramente cómo Sender escribió lo que pudo, si quería publicar en *El Telegrama del Rif*, porque como Ramón I le responde a Pepe Garcés cuando éste propone hacer un plantón para protestar contra la corrupción de la administración militar: "Es inútil. Te acusarán de sedición y te fusilarán" (SENDER, 1987: 125). Y porque, en palabras de su contemporáneo Luis de Zulueta, antes de 1931 los jóvenes de la generación de la dictadura "no han conocido la prensa libre" (ZULUETA, en J. ESTEBAN y G. SANTONJA, 1977: 49).

BIBLIOGRAFÍA

- COLLARD, Patrick (1980). *Ramón J. Sender en los años 1930-1936 (Sus ideas sobre la relación entre literatura y sociedad)*, Universidad de Gante.
- CULLER, Jonathan (1975). *La poética estructuralista*, Barcelona, Ed. Anagrama.
- ESTEBAN, José y SANTONJA, Gonzalo (1977). *Los novelistas sociales españoles (1928-1931)*, Madrid, Ed. Ayuso.
- MAINER, José Carlos (1983). *Ramón J. Sender. In memoria. (Antología crítica)*, Zaragoza, Diputación General de Aragón.
- MIGNOLO, Walter (1978). *Elementos para una teoría del texto literario*, Barcelona, Ed. Crítica.
- PEÑUELAS, Marcelino (1971). *La obra narrativa de Ramón J. Sender*, Madrid, Ed. Gredos.
- PEÑUELAS, Marcelino (1982). *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español.

- REIS, Carlos (1985). *Fundamentos técnicos del análisis literario*, Madrid, Ed. Gredos.
- SENDER, Ramón J. (1987). *Crónica del alba*, Madrid, Alianza Editorial.
- SENDER, Ramón J. (1984). *Los cinco libros de Nancy*, Barcelona, Ed. Destino.
- SENDER, Ramón J. (1930). *Imán*, Madrid, Ed. Cenit.
- SENDER, Ramón J. (1961). *Examen de ingenios. Los «noventay ocho»*, Nueva York, Las Américas.

APÉNDICE

ARABESCOS

28/4/23

UN EMBOSCADO

Este cañón que dispara tres veces diarias con pólvora sola –a las seis, a las veinte y a las veinticuatro– es un vulgar cañón municipal. Recuerda esos pulquérrimos soldados de paz que trocaron el maüser del guerrero extraordinario, por la pluma del periodista mediocre, a cuenta de guarecerse de los sinsabores de la campaña.

Sobre el silencio de la noche, su disparo, muy sonoro, tiene una triste y opaca sonoridad de guardarropía que a nadie convence. El comerciante, el soldado, el cargador del puerto, invariablemente, comentan al oírle:

–Las ocho.

En ese comentario comprendían toda la indiferencia vergonzosa con que acogen una cosa tan seria como la detonación de una pieza de Artillería. Sin duda piensan:

–Al fin, un despreciable emboscado.

Anheloso de dignidad, llegará una noche en que ese cañón abandonará su emplazamiento del Real, y llegando a Dar Dríus comenzará bravamente a disparar las más fieras granadas en un violento ataque de histerismo.

Y ese día se habrá labrado su desdicha, porque le arrestarán por abandono de servicio.

OLOR DE MARISCO

Sobre el Polígono, en Cabrerizas, en ese trozo del extrarradio, donde parece dominar sobre todos los matices el aguafuerte tétrico de Rostrogordo con su silueta demasiado lineal, demasiado implacable, hay un fuerte olor a marisco. Los días de cielo limpio, al atardecer, toda esa fragancia del Mediterráneo se va hacia el túmulo funerario del Gurugú, pero antes despeina suavement los trigales enanos que alfombran las laderas del Polígono y llevan un poco de yodo a los pulmones de los soldados de Ceriñola, que cantan el himno en el patio del cuartel.

El mar, que por ese sector es un mar familiar, compatriota nuestro y confidente de los soldados en sus horas de saudade y de añoranza, nos hace frecuentemente esa ofrenda, poniendo en ella un poco de su alma latina, brava y azul.

CANIS VULGARIS

En el cuartel hay un perro que bien merece media docena de líneas impresas. Hay varios. Los cuarteles son alojamiento alagador para esa especie zoológica que encuentra en ellos el pan seguro y la caricia pronta. El nuestro es un perro cruelmente feo. Ni «renard», ni «lulú», ni «fox-terrier». Perro, simplemente perro, y gracias. Nunca hallaría más exacta encarnación ese abstracto «canis vulgaris» de la zoología. Pero en ese ejemplar, como en Pik, el más pequeño de nuestros arácnidos, Azorín haría descubrimientos sorprendentes.

Sultán –así se llama– no entiende de política pacificadora. Odia a los moros, a todos los moros, despiadadamente. Lo llevará en su pobre instinto de ser inferior o se lo habrá enseñado algún soldado de estos que ejercitan su paciencia cultivando ingeniosamente el escaso intelecto de nuestros perros cuarteros; pero lo cierto es que en cuanto ve una chilaba comienza a ladrar bizarramente, inyectados los ojos, erizado el pelo, tremante de indignación. En los paseos militares sale delante de la tropa jaque y retador, y cuando callan los tambores y las fuerzas se separan a los flancos, en columna de viaje, Sultán recorre ufano las filas, de vanguardia a retaguardia. En su porte desdeñoso, en la gallardía de su testa erguida, nos dice:

–Sois mi escolta.

Y cuando pasa algún moro y Sultán le arremete buscando sedicioso sus pantorrillas sin defensa, mira de reojo a los soldados preguntándoles en una ojeada sagaz:

–¿Seréis capaces de defenderme si éste tío me toma en serio?

13/6/23

PARÉNTESIS AZUL

La vida –pérfida cortesana cuya belleza nos subyuga– impuso al soldado un paréntesis. En la virtiginosa actividad de su existencia, ha sido un paréntesis de paz que llamamos azul porque nos llenó el alma de la visión añil del mar y del cielo –este último más turquesa que añil– y absorbimos constantemente en la luz, el color radioso del fondo en que Chafarinas se recorta, el color de la esperanza y del manto de la Inmaculada.

PAOLO

Allí, en Chafarinas, hay un pescador que se llama Paolo y que indudablemente es napolitano, porque además de llamarse Paolo y dedicarse a la pesca, sabe tocar perfectamente el acordeón.

La presencia de ese buen señor da a aquellas costas un raro prestigio teatral, sobre todo, cuando otro pescador le llama a voces para ayudarle a «arriar».

–¡Paolo! ¡Paolo!

Estamos viendo un cielo de bambalinas, dos laterales de rocas de cartón, y al fondo el telón con una absurda perspectiva de mar. Ahora surge la tiple que llama lastimosamente al tenor:

¡Paolo! ¡Paolo!... A ese tenor de todas las operetas y de casi todas las zarzuelas modernas que se llama Paolo y que en el tercer acto se desespera, porque el barítono le hace traición con su amada, la linda cómplice.

RUDIMENTOS DE PESCA

Casi hemos conseguido aprender a pescar. Nunca nos creíamos con virtud suficiente para aleccionar nuestra escasa paciencia en el manejo de la caña india, pero en Chafarinas es esta una ocupación forzosa mientras no se construya una plaza de toros o un stand para carreras de caballos.

Un pescador de ojillos azules nos iba enterando en una jerga internacional muy pintoresca de la «sapiencia» de algunos peces. De este modo creía paliar nuestra desesperación. «No es falta de habilidad en usted –venía a decirnos– sino exceso de precaución de los pescados». Entonces nos enteramos de que el «sargo», objeto en aquel instante de nuestra predilección, posee la tercera categoría en la escala de la intelectualidad de la fauna submarina. Y también de una historia interesante que en labios del pescador reza:

–Avant de ahora et sargo estaba el más listo de todos los peces depois del delfin que el aventajaba. Pero allegó un buen matin el sapallón que estaba el troisiero y comandó una entrevista en el delfin. Señor delfin: yo le insito a correr desde aquí jusqu'al filo de la costa y el que antes allegue será el champeón. Bueno, dise el delfin. Comanse la carrera e como el delfin es cuatro veinte veses más grade que el raspallón, este prende con la boca al cola de aquel e deja se remolcar. Cuando allega el delfin, da la vuelta y no ve al raspallón. Señor raspallón, ¿dónde vos hallais? Y el raspallón suelta el rabo del delfin e respond más avante que él y gana la apostada.

El caso tiene poca gracia, pero su narrador tampoco pretendió hacernos reír. Terminada su narración miraba al mar y veía venir por el horizonte una pareja de pesca.

–Vienen a sotavento.

Cuando le desatendíamos, fija la atención en el sedal, el hombre seguía cantando un tango sentimental de Buenos Aires que nunca terminaba:

–C'est sous le ciel de l'Argentine...

7/7/23

RATAS

Los muros ruinosos, los sacos terreros, las tiendas de campaña y los depósitos de víveres, ofrecen a las ratas un campo de correrías lleno de todas las voluptuosida-

des. Por eso, en las posiciones viejas es tan numerosa la población roedora. Son de una sabiduría y de una audacia insospechables. Distinguen perfectamente cuando una caja contiene granadas de mano en lugar de galletas o embutidos, saben que la pólvora de mil gramos es más indigesta que la de mil quinientos y que las cintas de los paquetes de cartuchos son más sabrosas y más blandas que las trinchas de los correajes.

Al toque de diana, asoman su hocico. El sol les deslumbra. Ven correr al soldado esgrimiendo en una mano el plato y en la otra el pan, y se hacen la misma reflexión todos los días:

—¿Estarán inapetentes?

Luego, no hay que extrañarse de que pase una y otra vez entre los pies del soldado que se dedica solemnemente a apurar sus viandas. Quiere dar a entender que también ella tiene derecho a digerir. El soldado se da cuenta y la acoge con la misma simpática cordialidad de todos los días.

Pero llega el perro, ese perro que para pedir al soldado los restos de su refacción se pone firme, y la rata se retira, pensando que de nada sirven las lecciones de audacia aprendidas los días en que, junto a su cuchitril, se ha hecho fuego de cañón, de ametralladora, de fusilería...

A los depósitos de víveres, el cabo suele llevar un gato o dos, pero son sobornados por las ratas, que a cambio de los mejores quesos, les abren las cajas donde se adivinan los chorizos mejores.

Crean estas ratas de las posiciones, que la Providencia, con un exacto sentido de la lógica, ha puesto una cantinera en cada destacamento, para que tengan a alguien a quien infundir pánico.

Para ellas, el corneta se equivoca todos los días. En lugar de retreta toca diana, y en lugar de diana, retreta. Pero no hacen caso, y se acuestan y se levantan con arreglo a su horario.

Entre los roedores también hay jerarquías. La primera es la de esas ratas que poseen unas patas traseras de liebre y que cuando corren no tocan con el rabo en el suelo. Su carrera se parece a la del Ford. También tienen el chasis demasiado alto, y del vientre al suelo hay una distancia igual —proporcionalmente— a la que existe desde el fondo de la carrocería Ford hasta los neumáticos.

Zoco el Had

12/7/23

LA INGENUA ALEGRÍA DE LA REPÚBLICA

La pequeña república de sargentos tiene un motivo serio, solemne, de alegría. En la vida de destacamento, las pequeñas alegrías adquieren magnitudes extraordinarias. Luego, la sensibilidad simplifica sus funciones ante la falta de resortes que la conmuevan y el espíritu se viste con la dulce vitola de la ingenuidad. Estos sargentos, héroes de la reconquista que tienen a su favor bellos episodios relatados en esos recortes de periódicos, cuyas dobles comienzan a romperse y que guardan con un legítimo orgullo patriótico, acogen nuestra presencia con una triunfal algarabía. Después nos hacen la revelación sensacional: ha sido cosa de Navas. Navas afirma satisfecho. Pero digamos antes, en dos líneas, quien es Navas y quienes sus compañeros de la 4 del 3.

En los relatos de la dura jornada de Tizza, el nombre de Navas figura entre los escogidos por la Heroicidad. Montosa dejó recuerdo perenne de bravura en la epopeya de Tagunt. Trujillos tiene su página de oro en una fecha de Septiembre de 1921. Son tres «hombres de guerra», profesionales de la guerrilla, que causarían admiración y asombro en las peñas de los cafés madrileños.

Todos explican a un tiempo, radiantes los ojos de alegría, el sensacional acontecimiento. Navas nos empuja hacia la puerta de la cocina. Allí debe de estar la clave del misterio, pensamos sin comprender. Navas –por fin– nos muestra un pequeño armatoste de madera que emerge de la pared renegrida. Es una palanca de primer orden apoyada en un pequeño bastidor. Al extremo una esquila cuya falta de lengua ha sido reparada con un casquillo de cartucho. Al otro extremo, un bramante, atraviesa el muro y va a parar a la cabecera de las camas de los sargentos. Alguien tira de ello y la zahurda poblada de olor de aceite frito se inunda de notas. Sobre el artefacto hay un letrero: «¡Viva España!», debajo otro: «¡Viva la 4.ª del 3.ª!», uno más a la derecha que reza: «¡Viva el capitán!» y por último, a la izquierda el siguiente cuadro de indicaciones:

Llamada cocinero.....	*
Llamada Piquera.....	**
Llamada Pimentel.....	***
Café para el sargento Navas.....	****
Café para el sargento Montosa.....	*****
Café para el sargento Trujillos.....	*****

Para traer el agua, toque de fuego.

«Nada más apropiado. Al toque de fuego se sabe: el agua es el preciso elemento». Nos lo advierten así entre grandes muestras de regocijo. Esto fue hace dos días y todavía se respira en la república la alegría estrepitosa del descubrimiento. Edison ha salido mal parado. La historia de la ingenuidad, por el contrario, ha ganado. Alguien confiesa que se acuesta con deseos de que amanezca para utilizar el timbre, el primitivo e ingenioso timbre.

El heroísmo, por lo visto, es patrimonio de las almas sencillas. En Argós, en Atenas, en los días legendarios de Troya, los héroes de los poemas clásicos eran de una ingenuidad sólo comparable con la de los sargentos de esta república en la que desde hace dos días la alegría invade los espíritus, y desbordando, llena de risas la posición y de notas metálicas la cocina.

Zoco Gesead

8/9/23

LA PSICOLOGÍA DE LAS MARCHAS

Se ha escrito «La alegría de andar». Por lo menos, bajo este título ha publicado Zamacois sus más bellas páginas de viaje. Lo que no se ha escrito es la "psicología de las marchas", de esas marchas militares en las que la carretera no llega nunca a donde debe llegar y en las que parece que se camina sobre una de esas pistas móviles de los circos, que giran sobre un eje, y por más que se ande una hora, y otra, y otra, siempre estamos en el mismo sitio.

De Melilla a Kandussi hubo –cuando vinimos– un accidente serio que aumentó considerablemente la fatiga del viaje. Expliquemoslo. Antes de llegar a Segangan, veíamos las alturas de San Juan de las Minas y tomábamos como punto de referencia un blocaus que existe en la cúspide altísima del picacho más pronunciado. Calculamos el tiempo que tardaríamos en llegar a su base: una hora. Nuestros cálculos se confirmaron: ya estábamos allí.

Luego, cuando reanudamos el viaje a Kandussi juzgamos que tardaríamos media hora a lo sumo en perderlo de vista. Anduvimos dos horas y todavía no habíamos salido de su falda. Tres horas y el blocaus seguía irguiéndose a nuestra izquierda. Nos dieron intenciones de sentarnos, vencidos, y exclamar:

–¡Póngase usted toda su buena voluntad en andar mucho y deprisa, para que luego una perspectiva de esas se empeñe en abrumarnos!

Porque el blocaus nos seguía. ¡Vaya si nos seguía!

Cuando llegamos a Kadur, sentimos la alegría del triunfo, el entusiasmo de la victoria. Había desaparecido San Juan de las Minas. No volveríamos a tomar más puntos de referencia en los dieciocho kilómetros que todavía quedaban.

Nos someteríamos a esa resignada esclavitud de la carretera blanca e interminable.

EL GRAMÓFONO

Aquí, en el campamento, donde todo lo que se usa lo traen en conserva –pescado, legumbres, leche, etc.–, ese «stock» de música en conserva, esterilizada y condensada, que lleva el gramófono dentro, tiene una absoluta propiedad.

Entre los soldados, hay muchos entusiastas del gramófono.

Al caer la tarde, hacen un gran círculo en torno a la mesita donde unos oficiales preparan el artefacto. Son cuatrocientos, quinientos, quizás mil soldados. La primera fila se sienta en el suelo; la segunda, se sienta; la tercera, y todas las demás, de pie.

El momento más interesante es este en que la aguja carraspea sobre el disco antes de iniciar la música. Es la emoción ante lo insospechable.

En lugar de música ha salido de la caja el cascabeleo de unas colleras de mulo de diligencia, cuatro restadillos de tralla y la voz cruda del conductor que anima a las bestias:

–¡Apa, Leona!...¡¡¡Ya-ya!!!

Murmullos de aprobación. Los soldados piensan que esa diligencia lleva prisa por coger el correo.

Es como aquella que pasaba todos los días por las calles de su pueblo a la hora de la siesta. A veces, el cochero saltaba a tierra a tomar un vaso con ellos y a charlar con las dos vecinas. Eran demasiado «fachendosas» y ellos «les hablaban» sólo para pasar el rato. Quizás dentro de la diligencia iba una viejecita con sus ropas de luto flamantes y nuevas, que antes de arrancar el vehículo se santiguaba. Y quizás esa viejecita esperaba encontrar en la estación a su hijo, que volvía «con permiso».

Ya ninguno de los soldados escucha el gramófono. La evocación les ha llevado muy lejos. En el silencio, solemne, los recuerdos se perfilan mejor.

Siguen las colleras de la diligencia cantando su canción cascabelera, y por detrás de Istihuen, allá lejos, va surgiendo la luna toda roja, congestionada de calor.

Kandussi

30/9/23

TISINGAR

Tisingar es una pequeña posición de epopeya. Su aspecto ceñudo, de inquietud y el desolado paisaje –¿paisaje?– que le da fondo, merecen bien el prestigio de un asedio y de una heroica defensa. Sus parapetos son de una resistencia como para granadas de mano y hasta para baterías de Artillería de Montaña. Las alambradas de una agresividad exagerada. Los pinchos de acero, en caso de asalto, no sólo retendrían las chilabas pardas, sino que a un tiempo habrían de desgarrar el alma y las pantorrillas de los desventurados que quisieran llevar a cabo tan descabellada empresa.

Lo que resulta inaudito es que cuando uno de nosotros quiere ahorrarse la molestia de pasar por la puerta y pretende atravesarlas por el sitio más próximo, se muestran tan intransigentes como si se tratara de un bocoya de esos de anillos en la oreja que aparecieron en la operación del día 22. Nos entran ganas de decirles:

–Eso es llevar vuestro celo a extremos inauditos. Bien que atrapeis a los que un día cometan la tontería de pensar en asaltar la posición. ¡Pero a mí...! Yo soy de los tuyos.

Sin embargo, las alambradas, que no entienden de nacionalidades, persisten en obstruirnos el paso, tenaces en el cumplimiento de su deber. Y a nuestra perplejidad de prisioneros que no pueden avanzar ni retroceder sin dejarse jirones del traje entre los pinchos, contesta imperativa:

–¡A entrar, por la puerta!

EL BALCÓN DE LA GUERRA

Tisingar es como un balcón que da a la guerra. Asomados al parapeto, los sucesos adquieren, por el sector de Quebdani, cierto carácter de espectáculo.

Sobre todo al atardecer, cuando cada granada del aeroplano pone en el anfiteatro montañoso una amapola de fuego y vemos después desmelenarse la humareda en cien jirones, en los que va seguramente el alma de cada víctima, negruzca y gaseosa.

HÉROES ANÓNIMOS

En las tumbas que hay hacia la parte exterior de las alambradas, tumbas que no ponen siquiera las iniciales de los que murieron y que, en cambio, tienen esas otras iniciales fúnebres: R.I.P. (¿Ricardo Inclán Pérez o *requiescat in pace?*). En esas tumbas, repetimos, vamos a poner un epitafio. De este modo no será tan cruel el frío del paisaje, de esa llanura gris que miden las langostas tenazmente a saltos y que parece como si se reflejara inmensamente en la emoción de las sepulturas abandonadas, sin el sauce que les da sombra ni el ciprés que les preste melancolía.

Murieron como mueren los soldados de España
de cara a la Victoria y de cara a la Hazaña.
La raza les da su adiós desde Occidente
con el beso de un rayo de sol sobre la frente.

Después de puesto el epitafio precedente los héroes serán menos anónimos y en parte se habrá compensado la ausencia del ciprés... o por lo menos la del sauce.

Tenemos ya una plancha de hierro admirablemente idónea para grabarle los versos. Cualquier día traeremos de Melilla medio kilo de cera y un frasco de ácido clorhídrico y los grabaremos.

Ya lo saben los industriales. Si alguien les pide ácido de ese que disuelve los sulfatos, los nitratos y casi todas las sales de esa especie (*V. Química. P. Marcolain. C. XII-a.*) no es para crueles venganzas de amor. En todo caso, para una cristiana y fraternal revancha de amor contra el olvido de los héroes de Tisingar.

27/10/23

«KUKI» EN EL PASEO DE COCHES

Una aclaración preliminar: «Kuki» es nuestro perro. Un perro cuartelero que bien merece ser *un petit chien a budoir*. Le hemos pintado con mimo –un rojo escarlata que es un insulto– el vientre, las patas traseras y el rabo. El animalito se ha extra-

ñado un poco al principio. Después ha aceptado el estafalario maquillaje con una filosófica resignación ante la contundencia del hecho consumado.

Lo que «Kuki» no esperaba, de fijo, es el éxito alcanzado por su irracional personita durante el desfile de coches por la carretera, el día que se celebró en Quebdani la imposición de la Medalla Militar. En aquella especie de paseo de coches que recordaba los fastuosos del Retiro y de la Castellana, el inaudito derecorado de nuestro perro mereció, de cuantos pasaron, especialmente de las damas, comentarios de asombro y de simpatía. «Kuki» tuvo un éxito –un *lleno* como diría cualquier pollo medianamente bien–. De ese homenaje de simpatía, a nosotros nos debía corresponder, en justicia, algo. Por lo menos la iniciativa del maquillaje. Con toda seriedad, convencidos de la importancia del asunto, la reclamamos desde estas columnas.

Al caer la tarde, el día se desangra sobre las cumbres de Yebel-Udia; por eso va siempre más pálido a medida que avanza Octubre.

La contraseña del 11 Ligero es un motivo musical, una "frase" distinguida y sentimental, de la que Serrano sacaría quizás uno de esos poemas llenos de *pizzicatas* que compone con su guitarra mágica y popular. Los soldados le han puesto una letra vulgar: «*A ver quién ha perdido el estopín*». Pero a pesar de esto, conserva el motivo su traza prócer.

Decididamente, los valores absolutos no existen.

Hablando de las cosas de su pueblo, un muchacho de mi compañía le dice a su amigo:

–En mi pueblo hay un tío que no sabe hablar y que todo lo hace por escrito. Le dicen «Azorín», pero eso es apodo.

–Y dicen que es un hombre muy despejao, ¿eh? –añade otro paisano–.

En estos días en que los fusiles de un campo y de otro parece que se han puesto de acuerdo para callar, han tomado la ofensiva los médicos. Sus armas son las jeringuillas y el frasco de la vacuna. ¡Y con qué fe pinchan!

Tisingar

DEL CARNET DE UN SOLDADO

17/1/24

DE LA UNIVERSIDAD AL CUARTEL

Por fin, nos hemos decidido. La sospecha de que pudiera significar abuso de hospitalidad la pretensión de que *El Telegrama* insertase estas notas, nos contuvo. ¿En

qué sentido pueden resultar interesantes? Creemos que en ninguno. Además, nuestras observaciones, demasiado recientes, con el matiz –probablemente engañoso– de la impresión primera, no podían tener el valor de lo que se ve hoy y se comprueba mañana con el juicio seguro y la imaginación dormida, que es como quisiéramos que estuviera la imaginación en el discurso de estos discreteos intrascendentes.

Hoy creemos poseer militarmente –vea el lector que no lo aseguramos– la «veteranía» de que hacían alarde los soldados del 19 cuando pisamos por vez primera el cuartel. Eso de la «veteranía» es un gran título y su adquisición muy complicada; permítasenos, pues, que lo exhibamos con algún orgullo. Esta observación garantizará al lector nuestro comportamiento a lo largo de estas líneas. Nada de sugerencias. Nada de la vehemencia de la impresión primera. Próximo a licenciarnos, nuestra vida anterior tiene la placidez de perspectiva de las rías gallegas.

Hemos creído encontrar algunas analogías entre la Universidad y el cuartel. Vayamos anotándolas. Si no de otra cosa, sirvan de ameno entretenimiento.

En la observancia de los detalles exteriores, los toques de corneta sustituyen, claro está, a la voz de los bedeles y a los estremecimientos de la magneto del timbre.

–¡Cuarta escuadra! –dice el cuartelero después de oír el toque. –¡Derecho penal! –grita el bedel galoneado, en la puerta del aula. Movidos por un mismo impulso, los más van a formar; los otros, a clase... Después, los débiles tienen la amenaza del castigo y el estímulo del premio; los fuertes, simplemente, la satisfacción del deber cumplido.

Ese mosaico de temperamentos que se observa en la vida de las aulas, tiene su correspondiente, del mismo modo, en la diversidad de caracteres en la compañía. Hay un gallego que dice, esperando la hora de «entrar» en Lógica:

–Eso de las ideas sintéticas a priori, me es un follón tremendo. Yo non lo sé, por más que estudiélo de firme.

Sin embargo, un andaluz, en igual trance, comenta:

–Sólo a Besteiro se le ocurre hacer un libro de ideas sintéticas a priori. Se va a ver negro conmigo, si quiere que las estudie.

En un paseo militar, un coruñés, angustiado, pregunta a un veterano:

–¿Cómo cuánto falta para Kandussi? Clávaseme el macuto en los riñones.

Y un gaditano, presumidillo y jaque, grita riendo:

–En cuanti que nos manden desplegó, voy a casá los moros como en mi pueblo casaba los sigarrones a sombrero.

La camaradería, ese sentimiento de fraternidad que rara vez «se da» en otros sitios, tiene sus semilleros más fecundos en el cuartel y en la Universidad. Tutear a un desconocido, es algo inaudito fuera de un lugar y del otro. Esa noble confianza en la cordialidad sincera de cuantos nos rodean, es fruto de juventud –de inexperiencia quizás– que sólo en el aula o en la tienda de campaña se cosecha. Ese otro sentimiento,

mezcla de respeto personal y de admiración hacia el superior que le enseña y le ordena, es análogo al que el alumno siente por el catedrático. En ambos casos, para mayor analogía, se llama discípulos.

Sigamos con lo que pudiera llamarse datos de observación puramente superficial.

El alumno de preparatorio siente su inferioridad resignada, ante el que cursa primero. Es el "quinto" de la Universidad. Carece de la experiencia estudiantil que los otros adquirieron en sus reñidas jornadas con la Ciencia. Y cuando se encuentra con ellos establece voluntariamente una distancia que es rendido homenaje para los que comenzaron a recorrer el camino antes. Algo parecido a la envidia noble de una admiración no del todo desinteresada.

Y en cuanto al estado de ánimo que en unos y en otros produce ese nuevo régimen de vida, el estudiante y el soldado mantienen viva en todo momento la preocupación de lo que viene a ser la esencia de su profesión: los libros; las armas.

Si nos metemos en exégesis de sociología, ¿no se podrá afirmar que la finalidad práctica de unos y otros es análoga? Armas son los libros. La Patria necesita tanto de las cátedras y de los Laboratorios, como de los cuarteles. Soldados de la alta cruzada de la Ciencia son los estudiantes. La experiencia, desde 1914, nos ha dicho que hay que creer en las neuronas y en las granadas de mano, y que Ramón y Cajal es tan útil a la Nación, como cualquier general en jefe de un Ejército en armas.

Al salir de las aulas para ingresar en el cuartel, se lleva en el alma el peso de los mil prejuicios que fructifican y viven en el ambiente de los ateneos y en las tertulias de tantos muchachos de inteligencia cultivada y de voluntad indómita. Pero sobre esa simpática flor de rebeldía, flor eterna de juventud siempre ególatra –gentilmente ególatra– que nació sin raíces y que muere en la Zona de Reclutamiento, va surgiendo poco a poco una voluntad férrea, aleccionada por el renunciamiento, por el sacrificio.

La personalidad destacada, firmemente delineada en la vida civil, desaparece bajo el uniforme: es la primera lección de la vida.

Y cuando, en el descanso de un paseo militar, no tiene más recurso que tumbarse en el suelo y apoyar la cabeza –soñadora de tantos sibaritismos– en la bolsa de costado, todas aquellas dinamicidades de los veinte años, que trajeron un concepto fabuloso de la vida, de una vida falsa de cuento de hadas a través del aire diáfano del patio de la Universidad, al desaparecer, dejan paso a un nuevo convencimiento: el primero de los juicios serenos que no conocen el prejuicio ni la influencia extraña. El orgullo del sacrificio.

29/1/24

EN EL CAMPAMENTO AL AMANECER

Hay en la vida de campamento, horas características, momentos personalísimos que brinda el tesoro de un cúmulo de detalles capaces por sí solos de entrafñar, en un milagro de concisión, todos los matices pintorescos, insospechables, de la campaña.

Uno de ellos es el amanecer: la *hora prima*. Ciertamente, que los amaneceres en Marruecos no hubieran inspirado a Grieg su albada sinfónica, pero no vamos a lo que puedan tener de líricos, sino a su integridad patética. Y esta es realmente visible para los espíritus menos sensitivos.

No se encuentran exquisiteces de color en el horizonte, ni rumores eglógicos en el campo. Aparecen mil tules blancuzcos sobre las tiendas, y la luz, esa luz primera, parece que viene dentro de la niebla, envuelta en vadijas algodonosas o a través de un arco voltáico con muchos cristales esmerilados.

Va delineándose poco a poco el capricho geométrico de las tiendas; la línea parduzca del parapeto, adquiere realidad, y la mañana, desperezándose aún, ofrece, generosa, sus besos helados y húmedos.

También entre las lomas próximas aparecen las fumarolas grisáceas de la niebla. Niebla sobre las tiendas, hecha nubes compactas; en las alambradas, desgarrada y hecha jirones; en la llanura, convertida en un enorme lago silencioso...

Junto al parapeto, se alinean sombras humanas. Una voz de mando, y desaparecen para volver a surgir fuera del campamento, desplegadas, hundiéndose en la niebla. Las guerrillas coronan los altozanos y se pierden en los barrancos.

Profana la solemne quietud del instante, el zumbido de un aeroplano. Viene muy alto. Se le adivina, pero no se le ve hasta que pasa sobre el campamento. Entonces aparece entre los resquicios de la niebla. El armazón metálico y las alas, están bruñidos de sol temprano, color platino. ¿De dónde sale aquel sol? En el campamento, apenas comienza a clarear y los horizontes aún están turbios. Sin embargo, el aparato fulge, parece de cristal, con los círculos concéntricos amarillos y rojos bajo un ala, como una enorme herida. Cuando desaparece, se hace más hondo el silencio a nuestro alrededor.

De una garita del parapeto, sale un corneta. Da dos pasos, y vuelve, rápido. Ha olvidado algo. Del zurrón de un compañero que duerme beatíficamente, con el correaje puesto y el portafusil enlazado en una pierna, saca un buen trozo de pan y lo oculta bajo la guerrera. Como un homenaje, el comentario es obligado:

-Ese es del veinte.

En el silencio húmedo, hecho de niebla y de claroscuros, el toque de diana clava sus aspergios escandalosamente rojos. Luego lo repiten otros cornetas: La Princesa, San Marcial, Ingenieros, Farnesio... Esos toques quedan flotando un rato en el espacio, como guirnalda escarlata con que se adorna un amanecer tan vulgar.

Entonces es cuando comienza a despertar el campamento. Como lejanos disparos de *remington* suenan las mantas sacudidas briosamente junto a las tiendas. De las cuadras llega un hedor tibio de estiércol. Un cantinero pregona churros con un acento cansino y doliente. A medio vestir corren los soldados a formar para la lista.

La niebla va cediendo. La luz es ya tan cruda que demacra los rostros soñolientos y hace daño en las pupilas mal despiertas. Con gran estrépito de platos de zinc forman los soldados aquí y allá para el desayuno. El corneta observa de reojo a su compañero de garita, y este, madrileño y zumbón, comenta el suceso:

–¡No tendrá *sueño* ni ná el que me ha *pintao* el pan!

–¡Si me llega a pasar a mí!– dice el corneta amenazador.

Rencoroso y despechado, el madrileño suelta una maldición cómica:

–¡Siquiera se quede ciego un día mirando el escaparate de una tahona, como el perro del tío Alegrías!

Poco después, a través de la niebla, el sol dispara una saeta de oro, que se quiebra, con mil destellos, en la bayoneta de un centinela.